

“...Un mozo, solícito, se acercó seguro de no ser rechazado, limpió la mesa, se llevó las migas y volvió con un vaso y una botella de ron. Bermúdez lo observaba con paciencia y cierto regocijo, y cuando estaba por terminar de llenar el vaso, y por puro placer de molestar, lanzó un gran eructo que hizo que el dependiente derramara el licor sobre la mesa. El resto de la clientela se quedó helada de terror. Una mujer sobresaltada, y quizás afectada por el alcohol, soltó un pequeño grito y quiso salir corriendo, pero su pareja la contuvo sujetándola del brazo.

En ese momento entró Dora, pequeña y de cuerpo atlético con un ajustado traje de oficina, y gafas de medio marco. Rápidamente pero con paso firme, casi matemático por su familiaridad con el lugar, se acercó a la barra. Se trepó en la última banqueta y encendió un cigarrillo. El dueño del bar le acercó un cenicero y le preguntó con un gesto si tomaba lo de siempre. Ella asintió con la cabeza y se dedicó a contemplar a los clientes del bar a través del espejo que decoraba el fondo de la barra. Durante las mañanas se sentaba en las plazas fingiendo ver a las palomas, mientras imaginaba las vidas de los que pasaban por ahí. Pero solo podía escuchar parte de conversaciones asiladas. Ansiaba conocer sus temores y dolores, sus secretos deseos, sus pasiones...”

De “La nave de los locos”, cuento integrante del volumen